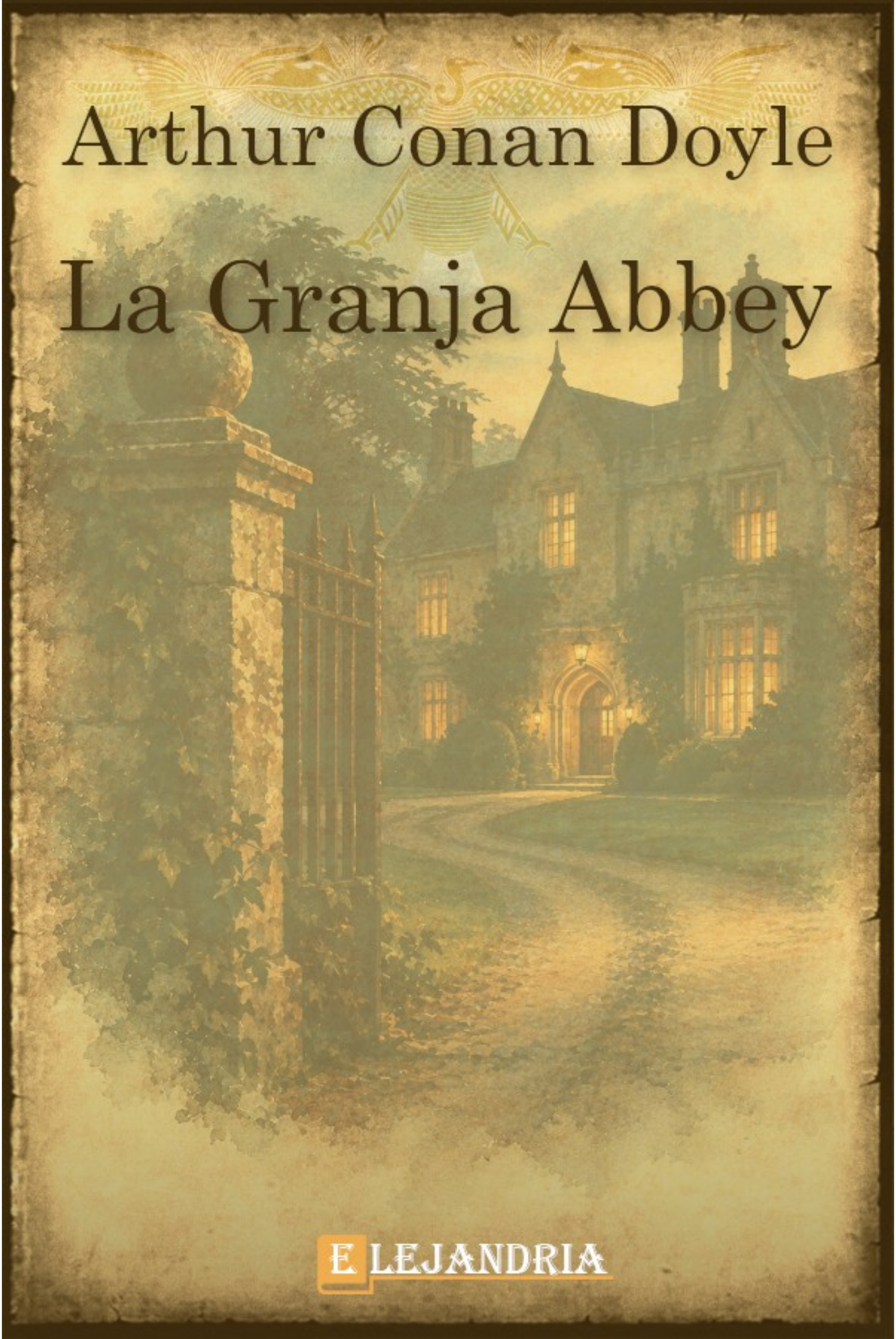
Arthur Conan Doyle

La Granja Abbey



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

La granja Abbey

Arthur Conan Doyle

Publicado: 1904
Fuente: https://archive.org
Traducción: Anónima
Edición original: Nuevos triunfos de Sherlock Holmes. Biblioteca de la Nación, Buenos Aires (1909)

Abbey Grange

1. Abbey Grange
    1. Nota de la edición
    2. Abbey Grange
        1. I
        2. II
        3. III
        4. IV
        5. V

Nota de la edición

«La granja Abbey» (*The Adventure of the Abbey Grange*, 1904) es uno de los relatos de *El regreso de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle. Esta edición digital reproduce la traducción anónima publicada con el título «El misterio de la abadía de Grange» en *Nuevos triunfos de Sherlock Holmes* (Buenos Aires, Biblioteca de «La Nación», 1909).

Se ha modernizado la ortografía (acentuación y signos de puntuación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

La granja Abbey

I

Una fría madrugada del invierno de 1897, me desperté sobresaltado al sentir una mano en el hombro. Me restregué los ojos, y vi a Holmes enteramente vestido y con la palmatoria en la mano. A juzgar por la seriedad de su rostro y lo nerviosísimo con que continuaba agitándose, juzgué que algo grave debía suceder.

Aun no había salido el sol, y la ventana recortaba un cuadrado negro, donde tililaban débilmente dos o tres estrellas.

—Vamos, Watson. ¡Arriba! No hay tiempo que perder. Vestíos de prisa.

Diez minutos después, metidos en un coche, atravesamos las calles silenciosas en dirección de la estación de Charin-Cross.

Principiaba la mañana.

A Oriente extendíase una claridad espectral de ensueño. Un silencio profundo envolvía a la gran capital. De vez en cuando pasaban junto a nuestro coche, cual confusas fantasmas, cocheros envueltos en sus bufandas, algún policía, tal cual individuo de mirar siniestro y andar receloso.

Holmes, embutido hasta las orejas en su abrigo de pieles, permanecía callado; yo, frente a él, respetaba su silencio, y procuraba, como él, defenderme del frío intenso.

Por fin, después de habernos reanimado con una taza de té y cómodamente instalados en un vagón del ferrocarril de Kent, Holmes comenzó a explicarme el porqué de aquella marcha tan repentina.

Primero sacó una carta del bolsillo, y me leyó en voz alta lo que sigue:

Abadía de Marshan, Kent.

Querido señor Holmes: Os agradecería infinito que os dignaseis ayudarme en un asunto que se sale de lo vulgar y ordinario, para entrar de lleno en vuestra especialidad. Me he limitado a libertar a la mujer, dejando todo lo demás tal como lo he hallado. Os ruego que, en caso de acceder a mi súplica, vengáis lo más pronto posible, porque no puede esperar mucho tiempo el cadáver de sir Brackeustall.

Siempre vuestro,

Stanley Hopkins.

(A las tres y treinta de la mañana de hoy).

—Ya recordaréis, amigo Watson —prosiguió Holmes—, que en siete ocasiones acudió a mí Hopkins, y en las siete conseguí serle útil. Me parece también que, si no todas, la mayor parte de esas aventuras las tenéis anotadas o escritas ya. Sin embargo, y ahora que viene a pelo, os lo digo: no deja de desagradarme el que en vuestras narraciones le concedáis preferencia más a la parte dramática, visual, emocional, por decirlo así, que al aspecto realmente científico. De esa manera, si bien conseguiréis atraer la atención del lector, solo causaréis en él una sensación pasajera, fugaz, que no excita a la meditación y al análisis, fuente de sabiduría. Calláis la sutilidad de mis deducciones, la manera con que voy persiguiendo el resultando final, y eso no está bien. Tal vez sean vuestras narraciones demasiado frívolas.

—¿Y por qué no escribís vos mismo esas aventuras? —murmuré algo molesto por tal reprimenda.

—No creáis que no lo he pensado alguna vez; pero por ahora no tengo tiempo para ello. Quizá cuando llegue a viejo distraiga la forzosa ociosidad de mis días hilvanando un manual del perfecto *detective*… Pero estamos perdiendo el tiempo en fútiles divagaciones. Hablemos de este crimen.

—¿Creéis que realmente ha muerto ese sir Brackeustall? —interrogué, satisfecho del rumbo que tomaba la conversación.

—Bien claro lo dice Hopkins. Además, el asunto debe merecer la pena de que nos ocupemos de él, pues la carta de Hopkins revela una gran emoción, y este no es hombre que se emocione así como así. Por fortuna, veo que ha tenido el talento de no tocar nada, y esto facilitará nuestro trabajo de buscar al autor.

—¿Y si ha sido un suicidio?

—No lo creo. Hopkins es de los policías más hábiles, y ese género de muerte se conoce en seguida. También os habréis fijado en que me dice que ha puesto en libertad a la mujer, y esto denota que debía de estar encerrada en algún sitio durante el drama. Los protagonistas de este deben pertenecer al gran mundo. Mirad el papel que ha utilizado nuestro amigo. Es de los más caros, y lleva además el monograma E. B., encima de un escudo nobiliario. Me parece que se nos prepara un día interesantísimo. El crimen se debió cometer antes de media noche.

—¿Por qué lo suponéis?

—Basta para ello consultar la guía de ferrocarriles, y ver las distancias y el tiempo que se ha empleado en todos los trámites. Ya veis: han tenido que avisar a Scotland Yard, ir Hopkins al sitio del suceso, y avisarme a mí después de un largo o corto reconocimiento. Todo esto no se hace en tres horas y media.

Descendimos del tren; y después de una larga caminata a través de caminos estrechos, endurecidos por la helada y bordeados de árboles negros y de ramas desnudas, nos hallamos delante de una verja, y antes de que llamáramos, nos abrió un viejo, cuya cara presentaba las huellas de una terrible aflicción. Seguimos una avenida de olmos, y atravesamos el jardín, un viejo y vasto jardín que servía de cinturón a un castillo de antigua y maciza construcción. En la parte central conservábase el carácter antiguo, y por la piedra gris trepaba la hiedra en alagartadas contorsiones. Uno de los lados era de construcción moderna, y en el otro se habían abierto ventanas y puertas, donde antes no existía más que la superficie lisa e igual de los muros.

En la puerta principal destacábase la silueta esbelta y fina del inspector Stanley Hopkins. Al vernos llegar, acortó la distancia, dirigiéndose hacia

nosotros y nos estrechó las manos.

—¡Cuánto os agradezco que hayáis venido, señores! Sin embargo, si hubiese tardado algo más en escribir la carta, tal vez no lo hubiera hecho. La señora ha recobrado el conocimiento, y me ha explicado lo sucedido, con tal profusión de detalles, que el asunto ha perdido el interés y el misterio de los primeros momentos. ¿Os acordáis de los bandidos de Lewisham?

—¿Los tres Raudalls?

—Precisamente. El padre y los dos hijos. Ellos son los autores del crimen. Hace quince días cometieron otro en Sydenham, y consiguieron escaparse. Se conoce que envalentonados con la impunidad, se han arriesgado a cometer el segundo, y me parece que ahora no se escaparán tan fácilmente. Por eso os decía que el asunto ha perdido todo el misterio que tenía antes.

—¿Y qué, ha muerto sir Eustaquio Brackeustall?

—Sí, tiene la cabeza deshecha.

—¿Sabéis con qué arma?

—Con unas tenazas de chimenea.

—Según parece era una personalidad…

—Ya lo creo. Uno de los más ricos propietarios del condado de Kent.

—¿Y su mujer?

—Se halla en su tocador. ¡Pobre lady Brackeustall! Ha sido un golpe terrible para ella. Cuando llegué, estaba medio muerta de la impresión. Me parece que deberíais verla, y oír de sus mismos labios el relato de los hechos.

Holmes asintió con la cabeza.

—Cuando queráis —dijo.

—Ahora mismo. Voy a pasar delante para mostraros el camino.

II

Pocas veces he visto una mujer tan bella y distinguida como lady Brackeustall. Era alta, rubia, con cabellos de oro y ojos azules como el cielo. Su tez debía tener ese matiz suave, delicado, propio de las mujeres rubias; pero en aquel instante aparecía marchita por las lágrimas y la natural agitación de su espíritu. Cuando entramos en el tocador, estaba recostada en el sofá, y una doncella le lavaba con agua tibia una gran equimosis que tenía en el ojo derecho. Al vernos separó las manos de la doncella, y nos miró tan fijamente, que comprendimos era una mujer fuerte y a quien no doblegaban por completo los mayores sufrimientos. La doncella se puso de pie, y entonces pudimos contemplar perfectamente el cuerpo escultural de lady Brackeustall, envuelto en una amplia bata azul.

—¿Otra vez, señor Hopkins? —dijo con una voz simpática, musical—. Ya os he dicho todo lo que sé.

Hopkins se inclinó respetuosamente.

—Sí; pero os agradecería que tuvierais la amabilidad de repetírselo a estos señores.

Ella hizo un gesto de resignación.

—¿Es indispensable?

—Es conveniente.

—Bien, bien, lo haré. ¿Han estado ya en el comedor?

—No; me ha parecido preferible que hablarán antes con vos.

—Bien, bien… ¡Ojalá puedan servir de algo mis palabras!

Y después, en voz baja, añadió:

—Está allí el cadáver aún.

Hopkins asintió con la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Un estremecimiento convulsionó su cuerpo exquisito y delicado, y ocultó la cara entre las manos. Resbalaron las mangas anchas de la bata, y apareció la desnudez de los brazos. Holmes lanzó un grito.

—¿Pero también tenéis ahí heridas, señora? ¿Qué es esto?

Y señaló dos grandes manchas rojas que se destacaban sobre la blancura marfileña de los brazos. Lady Brackeustall bajó con rapidez las mangas.

—No es nada.

—¿Cómo que nada?

—Quiero decir que no tienen nada que ver con el espantoso drama de anoche. Tened la amabilidad de sentaros, señores, y os diré todo cuanto sé.

Sir Eustaquio Brackeustall y yo nos casamos hace poco más de un año, y sería inútil negar lo que todo el mundo sabe; no he podido ser más desdichada de lo que he sido en mi matrimonio. Todos cuantos nos conocen pueden deciros cuánto he padecido durante este tiempo, ligada a un hombre dominado por el vicio de la embriaguez y soez; obligada a soportarle a todas horas, a ocultar mis dolores, yo, que me eduqué en la vida libre e independiente de las colonias australianas. Os aseguro que más de una y de dos veces he pensado en el suicidio como en un consuelo y en una liberación.

Se había incorporado poco a poco; las mejillas le ardían, los ojos irradiaban una luz interna, y las manos comprimían su pecho en actitud aflictiva. Entonces la doncella se le acercó, y suavemente le obligó a que se sentara. Desapareció su cólera, dejando lugar a los sollozos, unos sollozos internos, desgarradores.

Pasó la crisis, y la viuda prosiguió su narración:

—No quiero cansaros con el relato de mis dolores pasados, y voy a deciros, del modo más conciso que me sea posible, lo sucedido anoche.

Hizo una pausa, y la doncella, adivinando sus deseos, le dio un vaso de agua. Después de beber y ya tranquila casi por completo, continuó:

—En la parte moderna del castillo están las habitaciones de los criados, excepto la de mi doncella, Teresa, que duerme encima de este cuarto. En la parte central están nuestras habitaciones, y en la parte de atrás las cocinas. Creo indispensable deciros esto, para que os expliquéis cómo pudo pasar

inadvertido el drama para la servidumbre, y comprendáis, como yo, que los asesinos debían conocer este alejamiento que existe entre la parte de la izquierda y esta en que nos hallamos.

Cuando sir Eustaquio se retiró, a eso de las diez y media, ya hacía bastante rato que estaban durmiendo todos los criados, excepto Teresa, que permanecía levantada en su cuarto, aguardando que yo la llamara para que me desnudase. Hasta cerca de las once estuve sentada en este sofá, leyendo una novela. Después, y antes de acostarme, di una vuelta por la casa para cerciorarme de si estaba todo bien cerrado. Esta precaución es una costumbre inveterada en mí, y me parece que no podría dormir tranquila si una noche se me olvidara hacerlo. Recorrí, pues, la cocina, el despacho, la sala de armas, el salón, y finalmente, el comedor. Al entrar en este sentí una corriente de aire, y vi que se hinchaban los espesos cortinones de una de las ventanas. Creyendo en un olvido fui a cerrarla, y me hallé cara a cara con un hombre ya de edad, de hombros anchos y faz cruel, que saltó dentro de la habitación. Detrás de él saltaron otros dos individuos. Loca de espanto, intenté escapar, pero saltaron sobre mí y me sujetaron entre los tres. Abrí la boca para gritar ¡socorro! y entonces uno de ellos me dio tal puñetazo, que me desmayé. No sé cuánto tiempo estaría sin conocimiento; pero cuando volví en mí, me vi fuertemente atada a un sillón con el cordón de la campanilla, que habían arrancado para aquel objeto. Tan perfectamente sujeta estaba, que no podía hacer el menor movimiento, y una mordaza me impedía lanzar el más débil grito. Entonces apareció mi marido. Evidentemente debió de oír algo, y sin emplear más tiempo que el necesario para ponerse unos pantalones y coger un bastón, corrió al comedor. Al entrar se arrojó sobre los ladrones; pero uno de estos, el de más edad, cogiendo las tenazas de la chimenea, le dio tal golpe en la cabeza, que el desgraciado cayó de espaldas sin decir ¡ay! Por segunda vez perdí el conocimiento, y cuando volví a abrir los ojos, vi que los criminales se habían apoderado de toda la plata que había sobre el trinchero, y bebían tranquilamente de una botella de vino que sacaron del aparador. Mientras llenaban y vaciaban los vasos, pude observarles sin que se fijaran en mí. Uno de ellos era, como os dije antes, hombre de alguna edad, anchos hombros y con barba gris corrida; los otros dos eran dos jóvenes, y tenían cierto parecido con el viejo. Casi puedo asegurar que son padre e hijos.

Por fin cambiaron algunas palabras en voz queda, y después de asegurarse de la solidez de mis ligaduras, salieron por la ventana, cerrándola tras de ellos.

Tardé más de un cuarto de hora en conseguir quitarme la mordaza y poder gritar. A mis gritos bajó la doncella, y esta avisó a la demás servidumbre. Después dimos parte a la policía local, quien telegrafió a la de Londres. Esto es todo lo que sé, señores, y espero de vuestra amabilidad que no me hagáis repetir otra vez el relato, porque me causa una impresión dolorosísima.

—¿Tenéis algo más que preguntar, señor Holmes? —dijo Hopkins.

—A milady, no; no quiero abusar más de su paciencia; pero sí desearía que ahora hablaseis vos —contestó Holmes, mirando con fijeza a la doncella.

—Estando yo sentada cerca de la ventana —dijo Teresa con voz tranquila y segura—, esperando a que me llamara mi señora, divisé cerca de la verja del jardín, a la luz de la luna, tres individuos; pero no les concedí importancia, creyéndoles campesinos que volvían de la taberna a sus casas, y hablaban un rato antes de despedirse. Una hora más tarde, y sobresaltada por los gritos desgarradores de la señora, bajé al comedor, y hallé a la pobre fuertemente sujeta a un sillón y a los pies de ella, el cuerpo de su marido con el cráneo destrozado. Gracias a que miss Mary Frayser es una mujer valerosa y fuerte, de lo contrario hubiera perdido la razón con tan cruento suplicio. Sin embargo, han sido tantas y tan dolorosas las sensaciones porque ha pasado, que con vuestro permiso voy a conducirla a su alcoba, a ver si puede descansar un rato.

Con ternura realmente maternal le pasó el brazo por la cintura, y lentamente la sacó de la habitación.

—Esta mujer —explicó Hopkins— ha visto nacer a lady Brackeustall, y cuando la joven marchó de Australia, no quiso separarse de ella, y con ella vino a Inglaterra. Llámase Teresa Wright, y, a juzgar por lo que me han dicho los demás sirvientes, siente verdadero cariño por su ama. Ahora, si queréis, iremos al comedor.

Holmes se encogió de hombros, y se dirigió hacia la puerta. Evidentemente, el asunto había perdido todo interés para él, y aunque faltaba detener

a tres bandidos, no eran estos de bastante talla para molestar su atención, y merecer que a ello consagrara su talento.

Sin embargo…

III

Era el comedor una habitación extensa, de una elegante severidad. El techo era de roble, y cabezas de ciervo y armas antiguas rompían la aridez de las paredes. A la izquierda había un gran ventanal, y fronteras a él abríanse otras tres ventanas más pequeñas. Los tibios rayos del sol, penetrando en la estancia, hacían despedir centelleos, y contrastaban alegremente con las armas y la severidad de los obscuros cortinones.

En la pared frontera a la puerta estaba la chimenea, una de esas viejas y monumentales chimeneas evocadoras de siglos pretéritos y de leyenda. Junto a ella había un amplio butacón, y en sus patas y en sus brazos estallaban los pedazos de cordón rojo. Al libertar a la señora cortaron el cordón sin cuidarse de deshacer los nudos, y este detalle que después había de hacernos cavilar tanto, pasó entonces inadvertido, atraídas nuestras miradas por el cadáver.

Era este el de un hombre cuarentón, alto y forzudo. Se hallaba tendido boca arriba, y entre la negrura de la barba y del bigote, blanqueaban los dientes, apretados con un gesto de cólera. La mano derecha crispábase sobre un bastón grueso, con una bola de hierro como puño. Estaba en mangas de camisa, y los pies, contraídos y desnudos, asomaban por los perniles del pantalón. El cráneo estaba enteramente destrozado, y se podía juzgar de la violencia y la fuerza del golpe, dirigiendo una mirada en torno del cadáver. En las paredes, en el suelo, sobre los muebles, había salpicaduras de sangre y de masa encefálica. Al pie de la ventana estaban las tenazas dobladas y rojas.

Holmes, después de examinarlo todo detalladamente, se apoyó en la chimenea, y dijo con aire preocupado:

—Muy fuerte debe de ser el tal Raudall.

—Ya lo creo —dijo Hopkins—. Dicen que tiene la fuerza de un toro.

—Después de todo, no le ha de valer su fuerza para impedir que le detengáis, ¿verdad?

Hopkins se echó a reír.

—No hay cuidado. Le seguimos las huellas desde muy cerca.

—Sin embargo —observó Holmes—, yo aseguraría que había oído decir estaba en América.

—Eso creíamos nosotros también; pero en vista de que, no solo están en Inglaterra, sino en la contornada, me parece que no transcurrirá mucho tiempo antes de que los pongamos a buen recaudo. He telegrafiado las señas de los tres a todas las estaciones y puntos de embarque, y, además, he ofrecido, en nombre de Scotland Yard, una buena recompensa a quien le detenga o denuncie su paradero. Lo que me extraña es que, siendo la clase de gente que es, hayan dejado con vida a lady Brackeustall, sabiendo que esta les denunciaría tan pronto recobrase la libertad.

—En eso mismo estaba pensando yo. Es muy raro.

—Acaso creyeran que ella no tuvo tiempo de verles, y que luego permaneció desmayada todo el tiempo que emplearon en el robo y el asesinato —observé.

—Es posible —repuso Holmes—. Y decid, Hopkins, ¿era verdaderamente tan mala persona la víctima?

—Sir Eustaquio —contestó el inspector— era un perfecto caballero cuando no bebía; pero, en cambio, al embriagarse, era un hombre peligroso y cruel hasta un punto incomprensible. Si hubiera vivido más tiempo, paréceme que, a pesar de sus títulos y riquezas, no hubiera tardado mucho tiempo en caer en nuestras manos. Cuéntase que una vez roció de petróleo a un perrillo y después le prendió fuego, por el solo hecho de ser el animalillo querido de su mujer. Otra vez le rompió la cabeza a Teresa, la doncella, con una garrafa, y gracias a su influencia y a las súplicas de lady Brackeustall a su

doncella, no le costó caro su arrebato. Sin duda alguna ha sido un bien para todos que le hayan ma… ¿Qué miráis?

Holmes estaba de rodillas delante del sillón y examinaba con atención los nudos rojos. Después cogió un trozo de cordón, uno de cuyos extremos era justamente por donde debió romperse al arrancarlo el bandido del techo.

—¿Pero qué estáis mirando? —repitió Hopkins.

—Estoy pensando —respondió lentamente Holmes— que, al arrancar este cordón, la campanilla debió sonar con estrépito.

—Tal vez; pero ya recordaréis que la cocina y las habitaciones de la servidumbre están en la otra parte del castillo y por consiguiente no pudo enterarse nadie.

—De todos modos… me parece muy extraño que supiera esa circunstancia el ladrón y que, además, no vacilase en dar un tirón que podía serle fatal.

—También he pensado en eso, señor Holmes, y creo que, en efecto, Raudall debía conocer las costumbres y la distribución de la casa. De aquí deduje que tal vez tuviera algún cómplice entre los criados, pero me he convencido de que los ocho son unas personas honradas e intachables por todos conceptos.

—En ese caso… Quizá Teresa, queriéndose vengar de lo de la garrafa… Pero no; no es posible que tratándose de una mujer que tanto quería a su ama, consintiera que a esta la hicieran sufrir, la golpearan y la ataran tan despiadadamente. Después de todo, esto no pasa de ser un detalle de poca importancia, y ya nos lo explicará Raudall cuando lo detengáis.

Después se dirigió al ventanal y se asomó, mirando bastante rato al jardín y luego al marco de madera.

—No encuentro huellas de género alguno… Y eso que la tierra está helada… Sin embargo, las velas de esos candelabros han estado encendidas.

—Sí; las debieron de encender los asesinos.

—¿Y han robado mucho?

—¡Quiá! Solamente unas seis u ocho piezas de plata que había en el trinchero. Yo creo que no tenían intención de matar a nadie, y aterrados de su

crimen ya no pensaron más que en huir cuanto antes.

—Sin embargo, tuvieron bastante tranquilidad para beber sendos vasos de vino.

—Quizá para calmar su emoción.

—Tal vez. ¿Y los vasos? ¿Están tal como ellos los dejaron?

—Sí.

—¿Y la botella?

—Igual.

—A ver. ¡Hombre! ¡Qué cosa más extraña!

Los tres vasos estaban impregnados de vino, pero únicamente en uno de ellos había un poco de líquido. La botella estaba llena en sus tres cuartas partes, y cerca de ella veíase el corcho. La forma de la botella y el polvo de que estaba cubierta demostraba que no era vino común ni de uso corriente el que habían elegido los bandidos.

La actitud de Holmes cambió en absoluto. Había desaparecido su indiferencia, y en sus ojos penetrantes lucía la llama de la excitación. Después de mirar y remirar los vasos, sin tocarlos, así como el polvo de la botella, cogió el corcho y lo examinó con minuciosidad.

—¿Con qué habrán abierto la botella? —murmuró.

Hopkins indicó un cajón del aparador abierto de par en par, y en el fondo del cual, resaltando sobre la blancura del doblado mantel, veíase un enorme sacacorchos.

—¿Ha sido lady Brackeustall quien ha dicho que emplearon este sacacorchos los criminales? —interrogó Holmes.

—No; ya recordaréis que estaba desmayada cuando abrieron la botella.

—Es cierto. Por eso me extraña que… De todos modos, estoy seguro de que esta botella no ha sido abierta con ese sacacorchos, sino con otro mucho más pequeño adaptado a una navaja de bolsillo de tres centímetros de largo. Observad la altura del corcho y veréis que se ha sacado de tres tirones y que no está atravesado por completo, lo que hubiese ocurrido indudable-

mente a emplear el sacacorchos del cajón. Cuando detengáis al asesino registradle y veréis como tiene una navaja de esa clase.

—Así lo haré —repuso Hopkins.

—Fijémonos ahora en los vasos. Si no recuerdo mal, creo haberle oído decir a lady Brackeustall que vio perfectamente beber a los tres hombres, ¿no es eso?

—Así es, en efecto. Y lo afirma rotundamente.

—Eso me desconcierta algo.

—¿Por qué?

—¿Pero no os habéis fijado?

—¿En qué?

—Nada, nada… Serán ofuscaciones mías. Habituado al análisis y a la deducción, muchas veces me empeño en tomar las ventas por castillos y en conceder importancia y misterio a cosas que quizá son bien vulgares y demasiado claras. Tal vez se trate de una simple coincidencia.

—Bueno; ¿pero qué es? —insistió Hopkins.

Holmes echose a reír, y, tendiendo la mano al policía, contestó:

—Nada, querido, nada. No merece la pena de que se hable de ello. El doctor Watson y yo vamos a tomar el primer tren, porque de nada más que de estorbo puede serviros nuestra presencia aquí. Espero que antes de dos días ya tendréis en vuestro poder a los Raudall y habréis concluido felizmente este asunto. No dejéis de escribirme dándome cuenta de ello. Adiós, Hopkins, buena suerte.

Nos instalamos en un cómodo vagón de primera, y el tren comenzó su marcha.

A pesar de que Holmes intentaba disimular hablando de cosas banales y sin transcendencia, yo adivinaba en sus frecuentes pausas, en el fruncido entrecejo y en la mirada vaga, que estaba hondamente preocupado. De improviso, cuando el tren iba a reanudar su marcha de una estación de poca importancia donde nos habíamos parado tres minutos, Holmes dio un salto, abrió la portezuela, y arrastrándome de un brazo, se lanzó al andén. Apenas

pusimos el pie en las piedras, el tren echó a andar, y unos segundos más tarde había desaparecido de nuestra vista. ¡Menuda cara de asombro debí poner yo entonces!…

—Os pido mil perdones —exclamó Sherlock sonriendo—, querido Watson, por asociaros de esta suerte a mis locuras. Creedme: no estaba tranquilo dejando este asunto sin hacer más de lo que hemos hecho. A pesar de que las apariencias, y más que las apariencias, todo indica que las cosas han sucedido tal como ha declarado lady Brackeustall, hay algo en el fondo de mi alma que incita a buscar, a inquirir, a no dejarme engañar… Contra los evidentes testimonios de la señora y de la sirviente, yo solo puedo oponer quiméricas suposiciones basadas en el cordón de una campanilla y en tres vasos de vino. Nada más. Otra cosa hubiera sido a no dar crédito a las declaraciones y hubiese obrado como si no supiera nada en absoluto… En fin; más vale tarde que nunca. Si os parece nos sentaremos en este banco, y mientras viene el tren de Chislheurt voy a explicaros mis dudas y mis sospechas, suplicándoos antes que procuréis olvidar los relatos de lady Brackeustall y su doncella. No debemos ofuscarnos por la belleza y el dolor de esa mujer.

Nos sentamos en el banco. A nuestro alrededor había un silencio de paz y de olvido. La hierba crecía entre unos vagones abandonados. Dos mozos de estación estaban tendidos boca arriba a pocos pasos de nosotros, bajo la caricia vivificadora del sol. Un perro flaco husmeaba entre los railes.

Holmes encendió su pipa, y entre bocanadas de humo, reanudó la conversación.

—En primer lugar, amigo Watson, hay en esas declaraciones algo que, mirado con un poco de sangre fría, resulta obscuro e inexplicable. Los Raudall hace quince días que perpetraron un crimen en Sydhenam y todos los periódicos ingleses dieron cuenta de ello con multitud de detalles; ¿quién me dice a mí, que *alguien*, enterado de ese crimen, no ha forjado toda una novela basándose en él? Generalmente un criminal que ha dado un buen golpe, no se arriesga a dar el segundo, corriendo el peligro de perder la libertad y el fruto logrado en el crimen anterior. Además, no es lógico que unos hombres que asaltan una casa donde hay tanta gente como en el castillo de Brackeustall, lo hagan antes de media noche; así como también resulta absurdo que, para hacer callar a una mujer, la golpeen y que cometan un asesinato inútil, puesto que eran tres individuos, y lo mismo que ataron a la

mujer pudieron hacer con el marido. Finalmente, es muy extraño que tres hombres de esa calaña no se hayan bebido la botella entera. ¿Verdad que todo esto no resulta suficientemente claro?

—Tenéis razón, Holmes. Hay mucha obscuridad en tales circunstancias; pero, ¿no os parece mucho más extraño el que ataran a lady Brackeustall al sillón?

—¿Queréis que os diga la verdad, Watson? Pues bien; yo no estoy muy seguro de que eso haya sido verdad. Queda, por último, la cuestión de los tres vasos.

—Pues ahí justamente no veo nada de particular.

—¿Los recordáis bien?

—Sí.

—Bueno. Lady Brackeustall nos ha asegurado que vio beber a los tres hombres…

—¿Y por qué no ha de ser cierto? Ya visteis que los tres vasos estaban impregnados de vino.

—Conformes; pero no tenía posos más que uno de ellos. En los otros dos, como acabáis de decir, solo quedaban manchas. ¿No os dice nada eso?

—No… A no ser que el vaso que tenía sedimento fuera el último que se llenó.

—Nada de eso. La botella estaba enteramente llena, y aun ahora le queda muy cerca de las tres cuartas partes de su contenido. No resulta, pues, natural que solo en uno de los vasos haya quedado un resto de vino enturbiado. Una de dos: o después de llenar el segundo vaso agitaron con fuerza la botella, o… sí… ¡esto ha debido ser!

—¿El qué?

—O solo han utilizados dos vasos y en el tercero echaron los posos para hacer creer que habían bebido tres personas. Cada vez me voy convenciendo más de que lady Brackeustall y su doncella nos han mentido descaradamente. Ahora únicamente falta saber con qué objeto, aunque sospecho que con el de salvar al verdadero culpable. Ahora bien, ¿quién es este hombre?

Eso es lo que falta por averiguar, y para ello vamos a tomar el tren de Chislheurt, que ya viene por allí, querido Watson.

IV

No poco asombro causó en la abadía de Grange nuestro inesperado regreso; pero Holmes fingió no advertirlo, y después de enterarse de que Hopkins no se hallaba en la casa se encerró conmigo en el comedor, y durante dos horas se entregó a uno de aquellos minuciosos exámenes que tantas veces le condujeron al triunfo.

Yo me senté en un rincón de la habitación, y como un discípulo respetuoso ante las explicaciones del sabio profesor, seguí atentamente con la mirada las idas y venidas de mi amigo. El ventanal, los cortinones, la alfombra, el sillón, los pedazos y nudos del cordón rojo, todo, absolutamente todo, pasó bajo las manos y los ojos del incomparable observador. Excepto la falta del cadáver, nada había cambiado en la estancia y las cosas permanecían tal como las habíamos visto por la mañana.

De improviso, con gran asombro mío, Holmes se subió encima de la chimenea y se puso a mirar con atención el trozo de cordón rojo que había quedado adherido al alambre de la campanilla, junto al techo. Luego, y apoyando una rodilla en un estante de madera clavado en la pared, intentó coger el cordón, sin lograrlo, a pesar de rozarle con los dedos.

Por último saltó a tierra con el rostro resplandeciente de júbilo.

—¡Magnífico, Watson! —exclamó—. Esta aventura será una de las más interesantes de vuestra colección. ¡Y pensar que he estado a punto de dejarme engañar como un idiota!… Ahora ya no hay cuidado. Excepto dos o tres eslabones la cadena está completa.

—¿Qué? ¿Habéis descubierto ya a los criminales?

—Al criminal, Watson, al criminal. No hay más que uno, pero es formidable. Basta ver cómo ha doblado estas tenazas para comprender que debe tener las fuerzas de un león. Es alto y ágil, y debe tener, además, una gran presencia de espíritu, pues toda esta novela es obra suya. Sí, Watson, este cordón de campanilla es para mí un testimonio de los más evidentes.

—¿Cómo?

—Vamos a ver: si vos intentáis arrancar el cordón de una campanilla, ¿por dónde se rompería esta?

—Por el punto de unión con el alambre.

—Justamente; esa también es mi opinión. Entonces, ¿cómo os explicáis que en el caso presente se haya roto seis centímetros más abajo?

—Porque estaría más usado por ese sitio.

—Ahí vamos a parar. En efecto, el cordón *parecía* usado, porque el criminal ha sido suficiente listo para desgastarlo con la navaja antes de dar el tirón. Si queréis subiros en la chimenea os aseguraréis de lo que digo examinando la parte que queda unida al alambre, y observaréis que el cordón *no ha sido arrancado*, sino *cortado*, lo cual demuestra que el criminal no quiso dar la voz de alarma, obrando de otro modo. ¿Cómo se las ingenió para ello? Primero subió sobre la chimenea; y viendo que así no alcanzaba, apoyó una rodilla en ese estante —desde aquí podéis ver la huella en el polvo— y dio el corte. Ya habéis visto que yo he hecho lo mismo que él, y como me faltaban seis centímetros para tocar el alambre, he deducido que ese individuo es más alto que yo. Fijaos ahora en esta mancha que tiene el asiento del sillón; ¿de qué es?

—De sangre.

—Evidentemente es de sangre, y esto destruye por completo la novela que nos han contado como histórica. Si la mujer estuvo sentada aquí, sin poderse mover por sus ligaduras, durante el crimen, ¿cómo se explica esta mancha de sangre en el asiento? Pues simplemente porque lady Brackeustall no se sentó aquí hasta después de muerto su marido, y estoy seguro de que en su bata o en algún traje suyo hallaremos la mancha correspondiente. Ya veis, querido Watson, cómo esta aventura, que yo consideraba como mi Waterloo, va a ser mi Marengo, porque, si bien comenzó con una derrota insignificante, va a terminar con un triunfo considerable. Ahora es necesario

que tome otra vez declaración a Teresa Wright, pero he de hacerlo con perspicacia, porque se trata de una mujer bastante lista.

Verdaderamente la doncella australiana era todo un carácter. Su temperamento taciturno, brusco y suspicaz se resistió bastante tiempo antes de hablar. Por fin, gracias a la habilidad de Holmes, habló, no intentando disimular el aborrecimiento que sentía por su amo.

—Sí, es cierto que una vez me tiró una garrafa a la cabeza. Fue en cierta ocasión en que, habiéndole yo oído insultar groseramente a su mujer, le dije que no osaría decir eso si estuviera delante el hermano de la señorita. Entonces me tiró la garrafa. ¡Ojalá se hubiera contentado con maltratarme a mí sola y dejar en paz a la señorita!

Esta es una mujer muy valerosa y no se quejaba jamás de los malos tratos, ni aun a mí siquiera. Hasta me ocultó la causa de esa herida que le habéis visto en el brazo y que me consta le fue hecha con una aguja de sombrero. ¡Que Dios me perdone; pero cuando supe que había muerto ese miserable sentí una gran alegría!… Cuando le conocimos, hace dieciocho meses, era todo azúcar y miel, ¡pero luego!… Mi pobre señorita acababa de llegar a Londres. Era la primera vez que dejaba el hogar paterno. El muy sinvergüenza supo fascinarla con sus maneras dulzonas, sus riquezas y sus títulos nobiliarios. ¡Bien cara ha pagado su ofuscación!

—¿Podríamos hablar con ella unas cuantas palabras? —interrogó Holmes.

Teresa le miró con fijeza antes de contestar.

—Sí; ¿por qué no? Está arriba, en el gabinete; pero os agradecería que no le preguntaseis mucho, porque está aún muy emocionada.

Subimos al gabinete.

Lady Brackeustall seguía echada en el sofá; pero parecía menos fatigada. Teresa, que había subido detrás de nosotros, comenzó a mojar paños en agua fría y a ponérselos a su ama en la frente.

—¿Espero —dijo lady Brackeustall— que no vendréis a interrogarme de nuevo?

—Nada de eso —respondió Holmes, lo más dulcemente posible—. No es mi deseo molestaros, y, por el contrario, pondré de mi parte cuanto pueda

para serviros. Por eso os agradeceré que seáis franca, que confiéis en mí como en un amigo y no os pesará.

—Ya lo he hecho.

Holmes movió la cabeza con ademán negativo.

—¿Que no?

—No, lady Brackeustall, no me habéis dicho la verdad.

—¡Señor Holmes!

—Es inútil que lo neguéis más tiempo, señora. Quizá no habrá llegado hasta vos mi reputación de hombre para quien ningún crimen queda oculto. Estoy seguro de que vuestra narración es una sarta de invenciones, por no decir otra cosa.

La señora y la criada se quedaron mirando a Holmes con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Qué insolencia! —exclamó indignada Teresa—. ¡Decir que mi señora ha mentido!

Holmes se encogió de hombros.

—¿Qué, insistís en no decir la verdad?

—Ya la he dicho.

—Vamos, señora. Reflexionad un poquito. Lo hago por vuestro bien…

Lady Brackeustall pareció dudar unos segundos, luego contestó con mayor decisión y arrogancia:

—He dicho cuanto sabía.

Holmes se levantó, y cogiendo el sombrero se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió, y secamente, dijo:

—Lo siento por vos.

Y salimos de la casa.

En el jardín había un pequeño estanque enteramente helado, excepto un agujero que habían hecho para permitirle nadar a un cisne solitario. Holmes

miró al estanque al pasar, y al llegar a la verja se paró; escribió cuatro letras para Hopkins, y se las dejó al portero para que se las entregase.

—Tal vez haya obrado de ligero dando cuenta a Hopkins de mi segunda visita; pero de no hacerlo, ya se habrían encargado otros de notificárselo. Sin embargo, no le he explicado el porqué de mi vuelta.

—¿Y adónde vamos ahora?

—A las oficinas de los *paquebots* de la línea Adelaida-Southampton, que, si no recuerdo mal, se hallan al final de Pall-Mall. Me parece que hay también otra línea de *steamers* que hacen el servicio entre Australia del Sur e Inglaterra; pero debemos ir primero a la más importante.

Holmes hizo pasar su tarjeta al director de la Compañía e inmediatamente fuimos recibidos. El director era un individuo muy atento y satisfizo cumplidamente los deseos de Holmes. Durante el mes de junio de 1895, solo había llegado a Inglaterra un solo *paquebote* de la Compañía, el *Peñón de Gibraltar*. Consultamos la lista de pasajeros que hicieron aquella travesía, los nombres de miss Mary Fraiser y Teresa Wright, procedentes de Australia, se hallaban en ella. El *Peñón de Gibraltar* estaba actualmente camino de Australia y debía de estar entonces en el canal de Suez. Sus oficiales, excepto uno solo, eran los mismos que en 1895. El segundo de a bordo, Mr. Jack Croker, acababa de ser nombrado capitán del navío *Bass-Rock*, que debía salir de Southampton dentro de dos días; habitaba en Sydenham; pero como debía venir a recibir instrucciones aquel mismo día, el director le propuso a Holmes que le aguardase. Pero este no aceptó, limitándose a pedir informes de él.

Según el director el joven Croker había hecho una carrera brillante. En cuanto a su carácter excelente y rígido a bordo, se alocaba tan pronto se veía en tierra. Sin embargo, era un hombre de intachable conducta y de un corazón excelente.

Holmes dio las gracias al director y salimos de las oficinas.

Subimos a un coche y le dio las señas de Scotland Yard; pero antes de llegar, mandó cambiar de rumbo, y en la estafeta de Charing Cross puso un telegrama. Finalmente, nos dirigimos a Baker Street.

Una vez en nuestra casa y cómodamente sentados ante la chimenea, Holmes dijo:

—No he tenido valor para denunciarle. Una vez hecho eso, ya no le podía salvar nada ni nadie. Mi larga experiencia me ha hecho ver en infinidad de ocasiones que, deteniendo al criminal, se causa un perjuicio bastante más grande que el causado por él cometiendo el crimen.

V

Aquella misma tarde recibimos la visita de Stanley Hopkins. Apenas entró, sin saludarnos siquiera, dijo, abriendo mucho la boca de estupor:

—Indudablemente sois brujo, señor Holmes.

Mi amigo se echó a reír.

—¿Por qué?

—Sí; verdaderamente hay momentos en que me parecéis dotado de un poder sobrenatural. ¿Cómo demonios habéis adivinado que la plata se hallaba en el fondo del estanque?

—Yo no lo sabía.

—Entonces, ¿por qué me escribisteis aconsejándome que lo hiciera registrar?

—¿De modo, que estaba allí?

—Sí; allí estaba.

—Me alegro; no sabéis cómo me satisface el serviros de algo.

—¿Servirme? Hasta cierto punto…

Holmes prorrumpió en carcajadas.

—¿Ahora salimos con esas, amigo Hopkins?

—¡Claro! Con vuestros descubrimientos me volvéis loco, y lo que antes parecía sencillísimo, resulta ahora un lío de doscientos mil demonios. ¿Qué

clase de criminales son esos que, después de haber ejecutado un crimen para robar, arrojan a un estanque lo robado?

—Justamente en la rareza de ese hecho se basa mi carta. Yo estaba casi seguro de que esa vajilla tenía que estar en el fondo del estanque, puesto que el asesino necesitaba purificar su crimen encauzando a la policía por una pista falsa.

—¿Pero cómo se os ha ocurrido tal cosa?

Holmes encogiose de hombros.

—Al salir el criminal con los objetos robados, sin necesidad y solo para justificar falsamente el crimen, se encontró con el estanque, vio el agujero hecho para el cisne, y pensó que ningún escondite mejor que aquel para la plata.

—Ahora comienzo a ver claro… aunque no con las antiparras que vos miráis. Yo creo que el robo existió, no simulado, sino como objetivo único del crimen. Como principiaba a amanecer, los bandidos pensaron muy justamente en que podían encontrarse con alguien en el camino y causar sospechas; entonces arrojaron la plata al estanque, para volver por ella en mejor ocasión. Esto ha debido ser lo sucedido, y esforzarse en buscar más complicaciones me parece sencillamente…

Holmes se echó a reír por tercera vez, y apoyando la mano en el hombro de Hopkins, exclamó:

—¡Bravo! ¡Sois un lógico admirable! Decís las cosas de una manera, que no hay medio de refutarlas… No obstante, creo me concederéis el que por mí habéis descubierto lo robado, ¿verdad?

El policía dejose caer en un sillón, y con acento huraño, dijo:

—Claro que sí. Nada más justo que reconoceros ese triunfo. En cambio, yo he sufrido ya la primera derrota.

—¿Cuál?

—Esta mañana han sido detenidos los Raudall en Nueva York.

—¡Caramba! ¿Entonces es imposible que pudieran cometer ayer un crimen en el condado de Kent?

—Ya lo comprendo, señor Holmes, ya lo comprendo. De todas maneras es posible que existan otros bandidos que no conozcamos.

—Tal vez… ¿Qué, os vais ya?

—Sí, señor Holmes; no estaré tranquilo hasta que se haya concluido este maldito asunto. ¿Tenéis que aconsejarme algo?

—¿Para qué, si no queréis creerme?

—¿Cómo que no os quiero creer?

—¡Claro! Os he indicado antes que seguíais una pista falsa, y no habéis hecho caso.

—¿Pero entonces, cuál ha sido la causa del crimen?

—Ahí está el quid. Yo os inicio por un nuevo sendero; lo demás es cuenta vuestra.

El policía mordiose los labios, y cogió el sombrero, disponiéndose a marchar.

—¿Qué, no os quedáis a comer con nosotros? —interrogó Holmes.

—No. Tengo mucho que hacer.

—Perfectamente; entonces hasta la vista, y si hay algo nuevo, decídnoslo.

Comimos en silencio, y mientras saboreábamos el café sentados junto a la chimenea, Holmes encendió su pipa, y dejó vagar la mirada detrás de las caprichosas volutas azulinas. De repente consultó el reloj, y dijo:

—Lo cierto es que los policías oficiales no tienen mucha libertad que digamos. Yo, por ejemplo, puedo callar lo que me plazca y obrar como quiera, sin tener que dar cuenta de mis actos, mientras que ese pobre Hopkins no puede obrar de igual manera. Por eso habréis visto que no le he dicho nada ni de mis sospechas ni de mis averiguaciones. Tengo el presentimiento de que este asunto es de los que se deben resolver sin inmiscuir en ello a la justicia. De todos modos, pronto saldremos de dudas.

—¿Pronto?

—Tan pronto, que ahora mismo vais a ver el final de ello.

Sonó ruido de pasos en la escalera, después en el pasillo, y, por último, se abrió la puerta de nuestro cuarto, para dejar pasar al hombre más gallardo y más hermosamente varonil que he contemplado en mi vida.

Era un joven alto y esbelto, con grandes bigotes rubios y ojos azules, que contrastaban con la piel bronceada por el sol de los trópicos. Cerró la puerta tras de sí, y permaneció ante nosotros con los puños cerrados, demostrando una gran agitación.

—Tened la amabilidad de sentaros, capitán Croker. ¿Habéis recibido mi telegrama?

Nuestro visitante se dejó caer en una silla, y mirándonos alternativamente, respondió:

—Sí; y ya veis que he acudido puntualmente a la cita. ¿Qué queréis de mí? ¿Detenerme? ¿Salvarme? Hablad de una vez, y no juguéis conmigo como gato con un ratón.

—Watson —dijo Holmes tranquilamente—, dadle un cigarro al capitán. Eso quizá le aplaque algo los nervios. Ya comprenderéis, señor Croker, que si os creyera un criminal, no os trataría de este modo. Lo que quiero de vos es que me seáis franco. Además, en la franqueza está vuestra salvación. De lo contrario no lograréis más que perderos.

—¿Qué queréis que os diga?

—La verdad. Toda la verdad de lo sucedido en la Abadía de Grange. Pero os advierto que yo lo sé ya, y si decís una sola mentira, daré un silbido asomándome a esa ventana, y os dejaré entregado a vuestra suerte.

El marino reflexionó un momento.

—En fin —exclamó—. ¡Sea lo que sea! Confío en vuestra palabra, y os diré todo, absolutamente todo.

He de confesaros que no estoy arrepentido de mi acción, y que si me volviera a ver en igual circunstancia, volvería a obrar de idéntico modo. Ese canalla se lo tenía bien merecido. ¡En cambio, la desgraciada Mary Fraiser! —yo no me acostumbro a llamarla con otro nombre—. ¡Pensar que está sufriendo, y que aunque diera mi vida no podría evitarle su dolor!…

Pero no quiero extenderme mucho. Deseo concluir cuanto antes, aunque para ello tenga que hacer algo de historia retrospectiva.

Yo conocí a Mary Fraiser en el *Peñón de Gibraltar*, durante un viaje que hicimos juntos, yo como segundo de a bordo, y ella como pasajera. Desde el primer instante en que la vi, fue suyo mi corazón, y conforme pasaban días, se iba afianzando más y más mi amor hacia ella. ¡Cuántas noches, mientras hacía mi hora de guardia me arrodillé para besar el suelo que ella había pisado por el día! Sin embargo, no fuimos novios. Si yo sentía por ella una gran pasión, ella, en cambio, no sentía por mí más que una sincera amistad, y así me lo hizo saber con su habitual franqueza. Cuando nos separamos, comprendí que mi alma no sería nunca de otra mujer.

Al viaje siguiente supe que había contraído matrimonio. Y esto, aunque fue dolorosísimo, no despertó en mí la indignación. ¿No era dueña de su voluntad? ¿No era digna de una gran posición? Como mi amor era verdadero amor, pudo más en mí la felicidad suya que mi propia desgracia, e hice votos porque su elegido fuera un hombre digno, y tuviera para ella toda la abnegación y el cariño que a mí me fue negado darle. Confieso que tenía la certidumbre de que no nos volveríamos a ver, pero el tiempo se encargó de desmentirme.

Al terminar mi tercer viaje, ascendí a capitán, y como el buque que había de mandar no estaba terminado todavía, me fui a pasar los dos meses de licencia a Sydenham, con mi familia. Cierta tarde, yendo de paseo, me encontré a Teresa Wright, la doncella de Mary, y me contó lo desdichada que era su señorita. ¡Creí perder la razón! ¡Pensar que un canalla, que un borracho osaba pegar a mi ídolo!

Transcurridos unos días volví a encontrar a Teresa, luego a Mary, después concertamos varias citas, y finalmente se negó a verme más. El otro día, cuando supe que mi partida estaba muy próxima, decidí ver a Mary, fuera como fuera y pasase lo que pasase. Como Teresa me había permanecido fiel y adoraba como yo a su ama, y, como yo, aborrecía a su verdugo, me fue fácil enterarme de las costumbres de la casa.

Yo sabía que Mary leía todas las noches un rato en su gabinete antes de acostarse. La otra noche, pues, decidido a todo, golpeé con los nudillos en los cristales de su cuarto, y entonces ella, después de negarse rotundamente al principio (ahora sé que me ama), no quiso dejarme expuesto al frío de la

noche, y en voz muy queda me dijo que fuera al ventanal del comedor, que estaba abierto, y saltara dentro de la habitación. Así lo hice, y segundos después oí de sus divinos labios la narración de sus sufrimientos, y sentí cegarme el odio por aquel hombre que la maltrataba. De improviso y estando yo de pie junto a ella —muy inocentemente, os lo juro—, apareció el marido. Entró como un loco, y escupiéndole el insulto más innoble que se puede hacer a una mujer, le golpeó la cara con el bastón que traía en la mano. Un velo rojo me cegó, y cogiendo las tenazas de la chimenea, me lancé contra él, resuelto a que muriese uno de los dos. Yo recibí el primer golpe; aquí en el brazo podéis ver la señal, y entonces, ya loco, frenético, le destrocé el cráneo.

No me arrepiento, no. Estoy orgulloso de mi obra, y si cien veces tuviera que matarle, cien veces le mataría con el mismo rencor y satisfacción igual. ¿No hubierais hecho lo mismo en mi lugar?

El grito que profirió Mary al ser golpeada, hizo bajar a Teresa, y cuando esta llegó, el marido era ya cadáver. La doncella cogió una botella de vino que había en el aparador, y vertimos unas gotas en los labios de Mary, que se había desmayado.

Después bebí yo un poco. Teresa conservó su sangre fría, y entre los dos organizamos el plan que había de disfrazar lo sucedido. Mientras yo subía a la chimenea para cortar el cordón de la campanilla, la vieja doncella le fue explicando a su señora lo que íbamos a hacer, y lo que ella tenía que declarar. Até a mi amada en un sillón, teniendo cuidado de desgastar con la navaja el cordón, porque no era lógico que un ladrón se entretuviera en subir a la chimenea para cortarlo. Después, cogiendo algunos objetos de plata que había encima del trinchero para hacer creer en un robo, salí del comedor, recomendando a Mary y a Teresa que no dieran la voz de alarma hasta transcurrido un cuarto de hora. Al pasar por delante del estanque arrojé al agua los objetos robados, y entré en mi casa satisfecho de mí mismo. Ya sabéis, caballero, todo lo ocurrido. Os he dicho la verdad, y estoy dispuesto a decirla cuantas veces sea preciso, aunque me ocasione el ir al patíbulo.

Calló el capitán Croker, y quedó mirándonos con fijeza. Holmes se levantó, y después de dar varios paseos por la habitación, fumando silenciosamente, se detuvo delante del capitán, y le estrechó la mano.

—Está bien, capitán Croker. Desde el primer instante comprendí que se trataba de un marino. Solo un acróbata o un marino podía trepar hasta el techo para cortar el cordón, y únicamente un marino podía hacer los nudos tal como estaban hechos los que sujetaban a Mary Fraiser al sillón. Ahora bien: solamente una vez en su vida se trató con marinos, y fue durante la travesía de Australia a Inglaterra, y solo tratándose de un hombre joven y de su clase podía mentir como ha mentido. Ya comprenderéis que con estas seguridades no me fue muy difícil descubrir la pista.

—Sin embargo, yo creí que la policía nunca descubriría lo sucedido.

—La policía no ha descubierto nada absolutamente. He sido yo, y yo no os venderé; pero no debo ocultaros la gravedad del asunto. A pesar de que podéis aducir la atenuante de legítima defensa, hay muchas agravantes, y el fallo del jurado no sería muy benévolo. Por consiguiente, y como habéis sabido despertar en mí cierta simpatía, procurad desaparecer en veinticuatro horas, y nadie os lo impedirá.

—Bien; pero ¿creéis que se descubrirá todo?

—Claro que sí.

El capitán se levantó de un salto.

—Entonces —exclamó rojo de cólera—, ¿cómo os atrevéis a proponerme tal infamia? Conozco sobradamente la ley para saber que Mary sería castigada como cómplice mío. ¿Y creéis que yo iba a ser tan miserable para abandonarla en un trance como este? No, señor Holmes; haced de mí lo que queráis, pero salvad a Mary.

Holmes le tendió la mano.

—¡Muy bien, capitán! He querido probar vuestro corazón, y he quedado contento de la prueba. Comprendo que echo una gran responsabilidad sobre mí, pero por fortuna Hopkins no es lo bastante listo para obrar sin mi ayuda. Vamos a juzgaros, capitán Croker, con todas las de la ley. Vos sois el acusado, Watson —persona dignísima por todos conceptos— será el jurado, y yo el fiscal. Vamos a ver. Señores jurados, ya conocéis el crimen en todos sus pormenores. ¿Es culpable el acusado?

—Por unanimidad declaramos que no —dije con voz firme y enérgica.

—*Vox populi, vox Dei*. Os declaramos inocente, capitán Croker. Mientras la policía no intente castigar a otro hombre como culpable de la muerte de Brackeustall, podéis vivir tranquilo. Dentro de un año volved por vuestra amada Mary, y procurad que vuestra conducta futura no nos haga arrepentirnos de la nuestra actual.

FIN

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web